Divagaciones de cómo el segundo templo del Thar fue dividido en tres.

Estábamos todos los cazadores en la academia del Ugradad, cuando se desató la revuelta en las calles de la ciudad fortificada de Tharnir, en el núcleo del Abnir. En la academia cada cual estaba en lo suyo, y parecía una tarde cualquiera, pero Azor, el hermano de muchos colores, había empezado a brillar misteriosa e inexplicablemente.

Al inicio, no nos habíamos dado cuenta, pero cuando el resplandor invadió lentamente los recintos cercanos, de modo que todos dejamos nuestras ocupaciones para atender al multicolor devoto, el cual, despreocupado, seguía en lo suyo, sin darse cuenta que emanaba una luminiscencia fosforescente que oscilaba en tonos misteriosos y cegaba a unos cuantos.

En silencio, rodeamos a Azor, que no pudo sino salir de su concentración y a medida que fue mirándonos a nosotros, sus hermanos, el brillo disminuyó, hasta desaparecer. En ese momento no entendíamos de qué se trataba, pero en el silencio extraño e inmersivo en el que nos vimos envueltos, juraría que pude escuchar los pensamientos de todos los presentes, y que este canal abierto era recíproco por parte de mis hermanos, y cuando comprendí esto, no tardé en sentirme escuchado en lo hondo de mis reflexiones conscientes.

No era irregular que haya un silencio demencial en la academia, no en vano, llevaba el nombre del Ugradad, cuya última partícula de la palabra “adad”, quiere decir en tharo común algo parecido a “sobre lo que hay que guardar silencio”, pero estas normas gramaticales son pocos usadas, debido a que pocos recuerdan sus leyes y razones. En todo caso, algo extraño debió de suceder, en otras frecuencias distintas a las auditivas, porque nuestro superior se apersonó pálido y muy preocupado.

Kora era un viejo Thar, y nos educaba en las artes de la caza al servicio de cierta agrupación de svenjutones, es decir, los que portan armas, y el cazar presas, era sólo el primer paso para alimentar a variadas mujeres y hombres muy hambrientos. Kora nos miraba aterrado, desde la puerta, mientras el resto salía lentamente de su estupor.

El primero en hablar fue el desmesurado, que llevaba por apodo “Jochepe”, y aunque no era malo, a veces erraba el paso. De modo muy tembloroso empezó a decir…

- Abuelo (Nota: abuelo es la palabra más cercana, pero en el idioma original, no quiere decir literalmente abuelo, en el sentido en que nosotros lo comprendemos) Kora… estábamos… pero una luz…, yo estaba limpiando mi svenja de sang...

- Escuché la voz de Yoromi en mi mente- interrumpió la más joven. Se quitó la capucha de la cabeza y dejó expuesta una larga cabellera negra. Con voz dulce, pero firme, relató que había sentido poderse comunicar con todos, a raíz de esos destellos de color morado.

Sin saberlo de antemano, ni proponérselo, esto produjo una primera explosión de ideas vociferadas al mismo tiempo. Unos decían que no era posible, pero que habían sentido algo parecido, sin compartir la interpretación de la joven. Otros referían que el resplandor fue verde, mientras que uno dijo que era rojo y hasta se dijo que había un color sin nombre. Luego de ser calmados por el abuelo Kora, Jochepe, el desmesurado oficial anual del pueblo, replicó de modo azorado:

- No es posible tal cosa. Los pensamientos se transmiten por la voz o los gestos. A veces los símbolos o la música. Una vez un cuadro de Azor me hizo conmover. Pero no existe algo como el pensamiento mágico sin emisores claros y concretos. – dijo ajustando sus mangas, mientras nervioso, se secaba las palmas de las manos con el borde. – Ahora bien, - continuó el excesivo y desmedido, - yo sé que todos ustedes saben que me han encargado ser el desmesurado anual y con gusto he aceptado el cargo ritual, pero si existe algo así como una fuerza por la que se transmiten las ideas, luego me quedan muchas preguntas.

Fue entonces que yo quise tomar la palabra, pero al aclarar mi garganta, empecé a ordenar mis pensamientos y recordé que yo mismo había creído escuchar pensamientos fuertes hasta que finalmente fui interrumpido rápidamente por Azor, quien refirió algo que asombró a muchos de los presentes, salvo a los cazadores veteranos, y al abuelo Kora.

- El “abuelo” de mi hermana de sangre le ha contado relatos muy raros, acerca de una raza muy distante, que evolucionó mucho antes que la piedra exista, y gracias a sus poderes, eran capaces de hacerse de grandes proezas, que para nosotros no son siquiera imaginables o concebibles. Se llamaban de un modo que no recuerdo cómo sonaba, pero dijo que se traducía por “los ojos del eclipse” y se les describe como una raza que enseño a los tharos un…

- ¡No sigas, por favor!, protestó Ayaldeur- quien se tapaba los oídos y salía despavorido. Seguidamente, de modo muy apresurado, Kora salió detrás del joven, dirigiendo una mirada de severidad hacia el multifacético joven cazador que hoy había estado pintando sobre un lienzo de delgada corteza de árbol, Azor el de los varios colores, quien quedó con el rostro desencajado.

De modo auténtico y fulminante, se quedó perplejo. Él era relativamente nuevo, ya que sólo tenía doce años de servicio y desconocía que la familia de Ayaldeur pertenecía al culto de Bagradad, el cual era uno muy reservado, y se dice que tal religión celaba mucho cierto patrón de ritos, acertijos, garabatos rúnicos, diagramas y mitos que habían sido prohibidos parcialmente por el Rey Cazador. Al parecer, la mención de los “ojos del eclipse” había desatado el pavor o escándalo del fanático del culto del pez demonio.

Una voz protestó: - ¿No sabes que su familia le prohíbe escuchar de esas cosas hasta que haga sus juramentos?, has podido causar que lo expulsen de su clan, ¡insensato! – le dijeron por la espalda. Azor no sabía qué cara poner y se sentía muy avergonzado. No tenía ni idea que algo así era posible y jamás había encontrado un problema o advertencia parecida, ya que dicho culto era sumamente celoso de sus tradiciones, pero su rubor se desvaneció al notar que otros retomaban la conversación.

Un viejo afilado que era rebelde por profesión y cazador en cuanto pasatiempos, dijo: - Los “ojos del eclipse”, un terrible tabú para los veneradores del pez diabólico. (Nota: las palabras demoníaco y diabólico no se asocian para nada a algo negativo en el Abnir, sino que tienen su sentido original griego en cuanto “espiritual”) Debes saber, Azor, que ellos tienen profecías acerca de esos misteriosos seres de otros mundos, algunos dicen que moran entre este plano y el de las distracciones sonoras. Se sabe que pueden levitar, mover objetos con la mente, comunicarse telepáticamente entre ellos y otros seres sensibles, y además que son maestros de diversos elementos muy variados. - Mientras el hermano cazador decía esto, se tapaba la capucha y se acercaba a ver qué había estado pintando Azor en su lienzo.

Representado en la delgada corteza del árbol, había un escenario extraño, en donde un cielo estrellado era surcado por un cometa negro. Al ver la representación de la escena apocalíptica, el veterano cazador exclamó con un grito, mientras señalaba aterrorizado por la ventana de la choza, en donde para estupor de todos, se podía apreciar una suerte de meteorito oscuro cayendo en pleno día.

La revuelta de Tharnir no tardó y las calles estallaron en tumultos ruidosos que caminaban en confusión, compartiendo teorías de qué había sido eso, y pronto las voces se fueron uniformizando, de modo que se contaba que no era un asteroide caprichoso imprevisto, sino que se trataba de una nave. Si, aunque fuera increíble, se decía que otra raza muy avanzada poseía la tecnología para realizar tales proezas. A los más jóvenes les parecía absurdo, ya que el mundo que conocían era muy primitivo, a penas poblado de ingeniosas herramientas y técnicas muy sencillas, pero eficientes, pero lo que ellos desconocían, era que dicho primitivismo era voluntario, en favor de una deidad naturalista y plena de presencia y vibración. El primer templo del Thar tenía un altar de piedra a esta deidad, pero había sido derruido y otro segundo habíase erigido después. El Dios de la compasión y la sabiduría no tenía forma, ni nombre, pero se le representaba con el emblema del sthargolvan, del que no se puede hablar.

No olvidemos que las religiones son muchísimas en el Abnir, y cada familia, prácticamente, aporta fragmentos de una colección de creencias oníricas, sin embargo, para quienes sabían estas, y otras cosas, no era algo tranquilizador el ver una nave extraterrenal que viajaba rasgando el cielo, y aterrizaba de modo calculado. Esta imagen causó mucha desconfianza y muchos quisieron visitar a los terapeutas gramaticales, quienes analizaban problemas del lenguaje y aliviaban el espíritu, pero, con tantas peticiones, no se daban abasto, en las horas de confusión.

Con las horas trascendió que era un pueblo medianamente contactado, conocidos como los Ulbéquidum, una facción de mercenarios espaciales que viajaban en esa nave con forma de tubérculo aerodinámico. Este impacto en los que nunca habían visto algo así fue notable, ya que estaban acostumbrados a una vida de austeridad, rodeados de cosas primitivas y que apenas necesitaban. Se les explicó, en voz de los más viejos, que la vida en el mundo tenía muchos caminos y en donde los “ojos del eclipse” parecían haber tenido un desarrollo puramente mental y espiritual, los del Abnir habían preferido vivir mesuradamente, buscando la sabiduría natural, mientras que estos mercenarios visitantes, al parecer, se valían de tecnología poderosa que, a simple vista, podía parecer mágica.

Estas cosas fueron difíciles de digerir, hasta que vimos todos, sin excepción, a los mercenarios desfilar hasta el pueblo, en sus armaduras metálicas, llenas de artefactos raros, que les daban la forma de pulpos saltarines, por cuanto sus herramientas e instrumentos flotaban alrededor suyo, en armonía con sus elegantes caminatas.

Los Ulbequidumianos contrastaban en ese mundo primitivo y olvidado, que conocían desde hace bastante tiempo. Explicaron que venían a ofrecer intercambios y mercadeos, pero la gran parte de residentes se vieron conflictuados, ya que, si bien tenían interés y curiosidad, también, del mismo modo, tenían miedo, ya que desconocían las intenciones de los misteriosos visitantes. Estaban seguros que su religión crítica y asimilativa sufriría de una inevitable revolución.

Organizaron los visitantes una feria y pusieron ciertos bienes que interesaron a ciertos pescadores. Fueron recibidos con tibieza, pero eventualmente los intercambios que tuvieron demostraron que no tenían razones para ser enemigos. Los “Ulbeqos”, como resumieron el nombre los pragmáticos tharos, tenían algo que llamaban impresoras de tres dimensiones en tiempo real, y con esos tentáculos de sus trajes, podían hacer aparecer, como de milagro, cualquier objeto que se antojase.

Al exponer tal idea, los tharos descreyeron, los panaderos aplaudieron y el gremio de jardineros se mofó elegantemente de sus resultados orgánicos. Nosotros, los cazadores, tuvimos una experiencia extraña, ya que aquél fenómeno de la luz de Azor se repitió y los más abiertos de mente y corazón pudimos escuchar claramente la voz del abuelo Kora, dejándonos un mensaje a través de lo que entonces supimos que se llamaba el sutil tharxax, que todo lo rodeaba, invadía y hacía enlazarse.

Nos decía con mucho pesar que Ayaldeur había sido expulsado de su clan, y estaba él, actualmente, lejos con sus familiares, mientras decidían si lo sacrificaban, o si le vendían como esclavo. Kora estaba dispuesto a no permitir que se le dañe, ya que estimaba que su religión antigua era una de extrema superstición necia. Todo esto no lo decía, propiamente, pero lo podían sentir, a la distancia y claramente. Esto era posible ya que, como expuso el abuelo Thar, era una técnica que habían desarrollado aprendiéndola de los árboles, y que los rumores de esas razas distintas eran ciertas, del mismo modo que la de las tres razas de hombres pájaros, los hombres de metal automatizados y rebeldes, las mujeres piratas de la luna, o las razas de arañas que cultivaban fotones, cuyos huevos cristalinos serían las estrellas, en todos esos relatos había algo de cierto, pero Kora, el hermano-viejo, les explicó que esto era asunto que se inculcaba, una vez cumplido el entrenamiento como cazadores, sólo a los más prudentes.

Lo más importante del mensaje de Kora Thar lo dirigió especialmente a Azor. Le dijo que los ulbeqos eran de fiar, pero que estaban siendo usados, y que habría intereses ocultos en su intento de contacto. Pero no dijo más y sus ideas se interrumpieron, probablemente porque tuvo que atender a los cultistas del pez demonio.

Transportados de esa suspensión del tiempo y espacio, los cazadores nos vimos alejados en el lugar, todos alrededor del pueblo que se congregaba para observar como un ulbeqo alto preguntaba por qué animal cazaban por ahí. Para comunicarse usaban una especie de caja con antenas, que traducía de su lenguaje de gruñidos al nuestro, y viceversa. Le indicamos que en esta zona se comía tubercudermos, que son una suerte de camotefantes salvajes, y brulls, gazelas y lagartas flotantas.

Todos quedamos maravillados, cuando el mercenario levantó el brazo y presionó diversos botones de su traje metálico, creando sonidos singulares y luego sus tentáculos se empezaron a mover, expulsando una materia, a la que rápidamente dieron forma, color y función, y así, ante nuestros ojos, como por arte de una bujería, el mercenario tenía en sus manos una mochila con una especie de cinturón con palancas. Se ajustó a la espalda la especie de tanqueta, y ante el asombro del pueblo, el ulbeqo se propulsó por el aire, como volando, causando un gran ruido y corriente de aire, lo cual le permitió llegar a una colina cercana en sólo diez segundos, lo cual, a lomo de camotefante toma días.

Yo conocía bien el lugar donde aterrizó, es la meseta de los brulls, esa suerte de toros carnívoros con escamas. Sabe cualquiera que cruzarse con uno es peligroso y los cazadores les tememos si no tenemos svenjas adecuadas, pero lo que hizo el mercenario ulbeqo, nos causó una admiración profunda, ya que de sus tentáculos imprimió una suerte de arma y de un solo disparo neutralizó a la criatura, para seguidamente regresar volando y en cuestión de segundos, había logrado lo que, a nosotros, los cazadores, nos tomaba semanas.

Jochepe exclamó a viva voz, y dijo que nunca había visto nada así, y razón para el entusiasmo no le faltaba. Fue de este modo, cómo, luego del paso del tiempo, la religión del Thar admitió tres templos, cada cual a tres dioses distintos de piedra. Ninguno tenía nombre conocido, salvo por los adoradores del pez demonio, pero se sabía que el primero era una deidad natural y panteísta, el segundo era una fuerza universal y conectora de cierta energía absolutamente mágica. Y finalmente, los ulbeqos trajeron el culto al tercer templo del Thar, con la deidad del caos, y la adoración a la turbulencia, que fue representado mediante un sol, y se supo que se manifestaba mediante la aparición de un color muy brillante que cada quien veía de un color distinto.